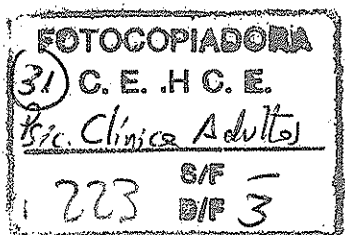


En la frase, lo que resalta es el problema de la medida. Y para comenzar a medir es necesario un punto. Ese punto a partir del cual podemos medir, es el sujeto-supuesto-saber que J. Lacan define en 1967 como un significante que permite representar al sujeto para otro significante.

Ese punto está evocado en la metáfora de la cristalografía por J. A. Miller en su texto "Clínica bajo transferencia". Pero una metáfora, en un escrito de J. A. Miller necesita un pequeño comentario si convenimos en que ella no es solamente un simple juego poético.

La metáfora sobre el cristal ha sido utilizada por Freud en su decimotercera conferencia (que yo sepa es la única referencia en su obra): "cuando arrojamus al suelo un cristal se rompe, mas no caprichosamente, se rompe con arreglo a sus líneas de fractura en pedazos, cuyas delimitaciones, aunque invisibles, estaban determinadas por la estructura del cristal".

Dos metáforas que constituyen una estructura donde entrada en análisis y ruptura del análisis deben siempre ponerse juntas ya que es sobre el mismo grafo que ellas se ordenan.



Silvestre: Cada caso es un nuevo caso  
Laurent: Las vueltas de entrada en análisis

Umbral del Analisis AAVV

CADA CASO ES UN NUEVO CASO

Michel Silvestre

UMBRALES DEL ANALISIS I  
 MANANTIAL

SILVESTRE Y LAURENT

El análisis, la cura tiene dos entradas. Está la del analizante. Está también la del analista. Para que haya análisis, es necesario que uno y otro se encuentren. Es lo que ocurre habitualmente.

Ocurre incluso que ese encuentro sea un buen encuentro. Puede parecer una evidencia. Es una evidencia que a mí me asombra siempre.

El analizante, eso se repite suficientemente durante estas dos jornadas, el analizante entra en el análisis tras el saber. Esta entrada está facilitada porque ese saber es un saber que supone al Otro. Inútil que lo sepa, ese saber, ya que es al Otro a quien entrega la carga. El analizante entra en el análisis tras el saber, pero su relación a ese saber está mediatizada por el sujeto que la Transferencia introduce. Un sujeto-supuesto-saber que completa y pone en movimiento al Otro que recibe su demanda.

Para el analista, se trata de otra cosa. De su lado, no hay suposición posible —su relación al saber, como dice Lacan, es directa. Está lo que sabe, y está lo que no sabe.

Es de notar que la recomendación de Freud —la que evoco por mi título— esta recomendación concierne también al saber. Puede sorprender. Sorprende a cada analista cuando la lee.

Por supuesto, concentra significaciones recibidas y admitidas por los analistas: rechazar los prejuicios; abordar cada nuevo caso con la mayor neutralidad, afectiva o doctrinal; mantenerse en la reserva prudente y en el silencio acogedor...

Sin embargo, esas significaciones no van apenas más allá de la fenomenología mínima del analista.

Se sabe, a la inversa, que el analista no comienza la cura sin pensarlo bien. Aunque fuera para saber dónde pone los pies. Es una preocupación justificada. No puede evitar evaluar lo mejor posible lo que va a ocurrir. Se puede incluso hablar de un cálculo provisional del porvenir, y del sujeto que se va a encontrar.

No solamente intentará referir el caso a un tipo clínico sino que, además, es posible localizar algunas particularidades del sujeto antes de la entrada en análisis. Por ejemplo, tal acontecimiento o tal repetición biográfica. Por ejemplo también, tal síntoma a veces revelador de una posición del sujeto respecto al goce.

Desde ese punto de vista, es incluso deseable que aprecie el compromiso del analizante en su demanda simplemente para evitar que el sujeto no se dé a la fuga después de unos pocos meses de análisis.

Pero eso no son más que preliminares, un modo para el analista de localizar la puerta y de abrirla para entrar. No es seguro que esa localización tenga la menor utilidad más allá del umbral.

Entendámonos. Si no se espera nada nuevo del análisis —si, como lo escriben algunos autores, todo el análisis está ya ahí desde las primeras sesiones— ¿por qué analizarse?

Lo que el análisis ha enseñado hasta ahí, ese saber preliminar, no tiene ninguna relación con el saber supuesto. Es ya una elucubración acabada del sujeto.

En 1985, los que piden un análisis no dejan de saber sobre ellos mismos. Sin hablar de las reanudaciones de análisis, donde eso es patente. Evocaría solamente cierto joven, sin relación profesional con nuestro ambiente, que sabe muy pertinentemente clasificarse como obsesivo y que ha sabido delimitar no sólo un síntoma muy preciso que tiene que ver con sus preocupaciones sexuales sino que, además, detrás de ese síntoma puede confesarme el fantasma exhibicionista que se aloja en él. ¿Qué puedo objetar a eso? Solamente armarme de prudencia.

Y si ese sujeto pide sin embargo un análisis es que ese saber no basta.

Le falta a ese saber, ser modificado por la verdad, modificación que sólo la operación de la transferencia puede conseguir.

Del saber supuesto, como lo indica Lacan, el analista nada sabe aún de él y sin embargo será preciso que sepa de él un rato, puesto que interpreta a partir de él.

Desde luego, es fácil deducir de ahí una descripción, incluso una conducta de la cura, que responda a esa comprobación: cuando el analista no sabe nada, se calla. Deja decir al analizante. En un primer tiempo, entonces, recoge por su escucha un saber; a continuación, en un segundo tiempo, lo restituye, lo interpreta.

Este método es la cordura misma. Se puede incluso añadir que cuando el analista interpreta, no sólo restituye una verdad al sujeto, sino que para ello ha podido hacer trabajar su saber propio, el de su experiencia o el que exige su formación, puesto hasta ahí "en reserva".

Esta respuesta podría convenir del todo. Podría convenir si el mutismo analítico fuera solamente el vacío de la palabra y la ausencia de interpretación. Esta respuesta podría convenir si el silencio del analista no fuera ya ahí, como lo dice Lacan, el ser del analista en acción: Es decir, si el silencio del analista no estuviera ya en el corazón de su acto, del mismo modo que su interpretación, pues.

Dicho de otro modo, el analista entra en el análisis por su silencio, pero no se trata de un silencio de prudencia. Es un silencio que resulta de una misma posición que la interpretación y, en consecuencia, que guarda la misma relación al saber que la interpretación.

Por otro lado, cada cual puede experimentar llegado el caso, que una interpretación puede surgir desde la primera sesión. A la inversa, cada cual ha podido comprobar que una interpretación pueda ser preparada pacientemente, revelarse ser en efecto una interpretación al ser dicha, y sin embargo tener efectos completamente imprevistos —hasta el punto de que el analista pueda lamentar haberla dicho.

Me excuso por mi ingenuidad pero esto sigue siendo para mí un enigma que intento aquí descifrar.

Este hecho me parece indicar por lo menos esto: que desde la primera sesión el analista ocupa el mismo lugar que conser-

vará hasta el fin de la cura. Un lugar fijo que es aquel desde donde puede dirigir la cura e interpretar. Ahora bien, para que este lugar esté colocado en el punto de partida mismo de la cura, hay que deducir de ello que es un lugar en el que no sabe nada. En una palabra, digamos más prudentemente, digamos que es un lugar que comienza ahí donde termina lo que sabe el analista.

Este lugar está delimitado desde el inicio de la cura porque es la demanda del sujeto la que lo determina. La Demanda que funda la transferencia porque se dirige al ser para que responda.

Si dijera que el analista entra en la cura por su silencio, es porque ese silencio —que es presencia del ser— es la única respuesta que convenga a la demanda de amor. Cualquier otra respuesta quebranta el amor pues revela (Lacan) lo inessential del sujeto supuesto saber.

La palabra que lleva la demanda circunscribe el lugar de su silencio, y así se puede decir que lo que determina el lugar del analista es la demanda.

El silencio delimitado por la Demanda implica varios niveles de significaciones convergentes. Primeramente es pura y simplemente equivalente a lo que el analizante no dice, es decir lo que reprime. Equivale, entonces, al saber que el sujeto supone al otro para evitar decirlo.

Pero extrae aun su posición cuando el sujeto miente, cuando el sujeto usa de ardid con lo que sabe o cuando dice lo que sabe que es falso. De ese modo el silencio introduce, no lo verdadero que no podría prescindir del decir, sino la dimensión de la verdad contra la que choca el saber producido por la asociación libre.

Y sobre todo, equivale a lo que, para el sujeto es imposible de decir, a su real.

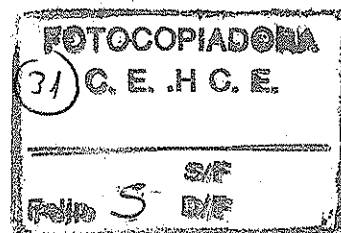
Ahí solamente, en ese límite, comienza la interpretación, más allá de lo que puede decir el analizante.

Si hay para el sujeto ganancia de saber, no es seguro que así sea para el analista. Para el analista, el saber promovido por la interpretación no tiene ninguna particularidad, incluso eso por eso que puede decirlo.

Puede decirlo, con una única condición: lo que se repite en la demanda del analizante y de lo que deduce su interpre-

tación, sin otra ganancia para él, aparte de tener que contabilizar los efectos.

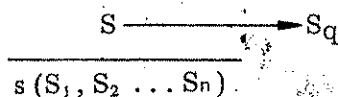
Lo que sabe el analista, el saber del psicoanalista, puesto que de eso he tratado, no es el vocabulario del psicoanálisis. Es una matriz significante, un algoritmo —por qué no retomar aquí ese término— por el que el saber supuesto encontrará el camino del sujeto — es decir tendrá acceso a lo real.



## LAS SUERTES DE ENTRADA EN ANALISIS

Eric Laurent

Voy a tratar de comentar un punto del algoritmo de la entrada en el psicoanálisis. Este algoritmo es el siguiente:



Este algoritmo se presenta con una particularidad, la de indicar debajo de la barra, debajo del significante de la transferencia, no solamente un significado, como en el algoritmo clásico de Lacan, sino una separación entre, por una parte, una serie de significantes considerados como un saber del inconsciente y, por otra parte, un sujeto.

Es una particularidad en esta escritura de Lacan, y él mismo la subraya en su texto: "... si bien el psicoanálisis consiste en el mantenimiento de una situación convenida entre dos partenaires, (...) no podría desarrollarse sino a costa de un constituyente ternario, que es este significante introducido..." (*Scilicet*, 1, "Proposition du 9 octobre...", p. 20).

Así, pues, el sujeto se presenta, en la dimensión imaginaria, como un tercer constituyente. Y subraya luego la diferencia

que hay entre los dos términos que están debajo de la raya: este significante se produce no como un artificio de la situación, sino como una formación, dice Lacan, de *veine* [vena, inspiración, buena suerte] que se suelta del analizante mismo.

Acentuar la separación entre lo que hay dentro del paréntesis como serie de significantes, y este significante especial, me permite presentar (mi tesis) la entrada en análisis, las suertes de entrada en análisis están ligadas no con la producción de la cadena del saber, que existe siempre, sino con lo que puede ocurrir, o no, en este punto: que se suelte el sujeto supuesto al saber. Porque en este punto, esto puede no ocurrir; es algo que está ligado al amor.

Para precisar esta tesis, voy a presentar un analizante. Vino a verme en un período depresivo intenso, no podía trabajar, y tenía una compulsión a contar. Contaba todo el día, y separaba todas las sílabas que eran pronunciadas frente a él, tratando de llegar a simetrías, a repartir estas simetrías. Lo esencial de esta cuenta que iba repitiéndose era que nunca le salían, siempre tenía que estar contando, era un cuento (*conte*), trataba de transformar un cuento (*conte*) en la cuenta (*compte*), y siempre había que añadir uno más. Esto tenía como efecto que ya no podía ni leer ni escribir. Eso le planteaba un problema, pues su trabajo le imponía leer y escribir.

Poco tiempo después del inicio del análisis, surgió un sueño. El sueño es el siguiente: El analizante dice: "Yo estoy leyendo un artículo en el periódico. Había una mujer acusada de haber hecho un cheque posfechado, y en este artículo surge la frase: 'pero estos perros del Banco de Francia van a...' Y se suspende en este punto." Esos perros del Banco de Francia iban a tomar luego una serie de significaciones en el análisis.

La primera es que él recuerda que cuando tenía necesidad de trabajar, por ejemplo transportando sacos de patatas para ayudar a su padre, éste le decía: "Trabaja más. Mueve estos sacos, no van a morderte." El analizante dijo también que "ser un perro", en su región, era ser tacaño. "Paso una gran parte de mi vida, decía, demostrando que no soy tacaño." Así, este perro está ligado a la cuestión del "no ser tacaño".

En ese momento recordó también que la primera vez en su vida que se le impuso una idea de métrica, en relación con la lengua, la primera vez que se le impuso esta "cuenta sin fin", fue una vez cuando a los siete años estaba en el baño

en el acto de defecar. Surgió entonces en él una poesía inventada, que se le impuso, y que se le repitió durante casi dos o tres meses. La poesía sólo se componía de dos versos, que eran:

“Sobre el río en el cual . . . (y el resto se perdía)  
adiós a ti [ . . . ] hacia las ondas.”

Pero ese acto, el que surgieran, el que se le sugiriesen estos versos, esta poesía, en el momento de la evacuación, para él, este síntoma obsesivo —que entonces surgía por primera vez— implicó el rechazo de su herencia, de la herencia de un padre campesino, y su paso al estudio. Fue entonces cuando decidió hacer estudios. Este momento, para él, fue el de la precipitación de su decisión.

Así, pues, tenemos esta modificación en esta cadena del saber inconsciente. Tenemos la modificación del perro, al tacaño, a la exoneración, y queda el hecho de contar también, su significación de una demostración más de que no es tacaño. Que puede contar, pero que siempre hay que contar más y más, como una generosidad en la cuenta, ligada precisamente con esa exoneración, y fundada sobre un rechazo de su deuda paterna.

Después de un cierto alivio del síntoma, que se produjo en la sucesión de estos significantes que forman el síntoma, cuatro años después, este analizante volvió a pasar por una fase depresiva importante. Parecía como si se hubiese producido una repetición a mínima de lo que había aparecido cuatro años antes. Esa vez sólo duró una semana o dos.

Esa fase depresiva que se repitió a los cuatro años finalizó con un sueño. Soñó que oía llorar a alguien. “Hay el primero, dice. Es un chico o una chica.” El quería mostrar cariño con ese primero; y entonces surgía esta idea en el sueño mismo: que si él le mostraba ese cariño al primero, entonces iba a surgir un segundo. Pero este segundo . . . , en el momento en que pronuncia esto, se impone una cuestión: este segundo ¿existe o no? Y se despierta “como un abandonado”. Este surgimiento del sueño como un abandonado, como el segundo abandonado [ . . . ]

[ . . . ] se plantea así la cuestión de su filiación, de lo que fue sentido por él como un abandono al nacer su hermano.

*filiación, herencia*

Esto nos permite aclarar el primer sueño del análisis, el de una mujer que hacía un cheque posfechado. Pero también esta significación a su filiación iba a tomar luego toda su importancia. Al final del segundo episodio depresivo pudo ponerlo en relación con el primero. El episodio depresivo grave había surgido cuando recibió una herencia, justo antes de la muerte de su padre. El padre había organizado una ficción para darle un dinero, que consistía en una serie de piezas de oro, que en realidad eran propiedad del hermano del padre. El aceptó esta herencia forzada, esta herencia falsa; y fue la aceptación de ese dinero lo que desencadenó en él la imposibilidad completa de trabajar y una culpa del lado del afecto depresivo.

Así que durante cuatro años lo único que hicimos fue destacar, ir soltando todos los significantes que formaban parte de este saber inconsciente. Pero la llave de todo eso era que el sujeto supuesto al saber estaba organizado alrededor de ese objeto. El sujeto supuesto al saber encubría ese objeto anal, se fundaba y se organizaba alrededor de él. Y sólo después, cuando hubo un deslizamiento, cuando finalizó la organización de la cadena significativa, sólo entonces surgió su ubicación y su posición alrededor de un objeto. Esta es la presentación clínica de lo que quería decir.

El punto esencial, me parece, es que este saber inconsciente está presente cuando alguien pide un análisis; la suerte de entrada es que [ . . . ] siempre se pueden organizar estos encuentros regulares entre un analista y un paciente alrededor o en nombre del saber inconsciente. Pero para desarrollarse, para ir más allá, por ejemplo, de esta cadena, y para que surja la verdadera posición de este nuevo significante, es necesario este sujeto, producido, soltado del psicoanalizante; es decir que se trata de un sujeto que se encuentra en lo real. Todo esto es un sujeto supuesto al saber; pero es también un sujeto en posición de verdad. No es un sujeto que se reduzca a este saber; es la verdad del sujeto supuesto al saber, y se encuentra en lo real, en la estructura de lo real, y no en el analizante. Este soltamiento de esta posición es lo que produce lo que no se puede ganar sobre la angustia, como por ejemplo el objeto transicional suelto. Lacan puede decir: “este soltamiento es un éxito en su más humilde modo, el objeto transicional. Y produce este beneficio sobre la angustia”.

Quando hay beneficio sobre la angustia, no es porque el analista se encuentre de manera inmediata en posición de objeto; o no es la razón por la cual se pone en función el saber inconsciente. Hay un beneficio sobre la angustia si se produce ese soltamiento que es el sujeto supuesto al saber en posición de verdad. Se trata de un sujeto que se suelta del analizante; lo que quiere decir que no es un sujeto que se presente ligado a la particularidad del analizante. Lo que está del lado de la particularidad del analizante es la cadena de los significantes que están en el inconsciente. Esta particularidad, en este caso, es la serie: perro, contar, cuentos, exoneración, etc., hasta la falsa herencia. Esto es una cadena particular. Para ligar ambas cosas, lo que hay es el amor de transferencia. El sujeto, para que se desarrolle el análisis, tiene que amar a su inconsciente. Lo que tiene que producir el analista en la entrada en análisis, es precisamente dar las suertes que podrían hacer existir ese amor al inconsciente que permite anudar la formación del sujeto supuesto al saber con la cadena del saber inconsciente.

Creo que así se puede entender, para concluir, esta frase de Lacan (que está en *Scilicet*, 5, p. 16): "Es la razón por la cual la transferencia es amor, un sentimiento que toma aquí una tan nueva forma..." Es amor que se dirige al saber. Hay que acentuar la novedad de un sujeto definido en su relación con un nuevo amor al saber, a la particularidad del saber que surge en él. Y que hay que producir en las entradas preliminares..., en las entrevistas preliminares.

Claro... hay entradas preliminares también. Es muy fácil entrar en análisis. Se puede hacer muchas veces.

Pero en las entrevistas preliminares hay que esperar algo de este nuevo amor para que se pueda desarrollar el psicoanálisis.

*Transcripción de Antoni Vicens*

## LA APERTURA DEL SINTOMA

*Carmen Gallano*

En Roma, en 1974, Lacan no se mostraba muy optimista sobre el futuro del psicoanálisis.

Lo que decía no invita a ningún fervor por el triunfo del psicoanálisis, bien al contrario, a tener en cuenta que en el psicoanálisis lo que importa, para que sobreviva, es el fracaso, fracaso ahí donde la religión triunfa, en desembarazarnos de lo real y del síntoma. Semejante afirmación no conduce a lo que algunos podrían pensar, que en el psicoanálisis no se trata de curación.

La afirmación de Lacan en Roma contrasta, pero no se opone, a otra hecha a los estudiantes de la Universidad de Yale un año más tarde: *el síntoma es curable*. Es más, añade que lo que hace entrar por la puerta al analizante es la demanda y que el psicoanálisis sea un umbral, es la demanda de desembarazarse de un síntoma.

¿No es raro que se acoja con tranquilidad la idea de que el psicoanálisis no cura?

Freud ya nos dió la respuesta, el neurótico, aunque pide la curación, no la quiere, se aferra al goce de sus síntomas.

El problema, al decir que el psicoanálisis no se ocupa de los síntomas es que puede terminarse aceptando que el psicoa-